

Ética y Justicia para la Reconciliación y la Paz

Silvia Martínez Cano
Universidad Complutense de Madrid
Instituto Superior de Pastoral de Madrid (UPSA)
silviamcano@ucm.es
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-6845-1209>

1. Introducción

¿Es posible «vivir bien» en este tiempo? ¿Cuáles son los tiempos en los que nos ha tocado vivir? ¿De qué manera lo estamos haciendo? Estas preguntas, son preguntas que a menudo surgen en muchas personas creyentes. Los cambios sociales producidos en estas últimas tres décadas nos interrogan sobre la manera de actuar en ciertas situaciones que, aunque no novedosas, se configuran de forma distinta en estos tiempos.

Si tuviera que clarificar cuáles son estos tiempos, a partir del año 2000, tendría que recordar algunos acontecimientos importantes que nos están marcando el modo en que nos entendemos como sociedad globalizada. Hasta con nombrar los atentados de 2001, 2004 y 2011 en Nueva York, Madrid y Londres para entender que no somos el mundo que fue el siglo XX. Basta pensar en la primavera árabe que aconteció en Egipto y en otros países musulmanes y como se reprimió brutalmente en poco más de un año. Pienso en la interminable guerra de Siria y la terrible y cruenta guerra de Libia, la innombrable violencia en el Congo. Así podría enunciar muchos conflictos que se han abierto y que siguen abiertos, porque arrastramos de otros tiempos incapaces de darles solución, como la dictadura terrorista de los Pastún y su guerra abierta contra las mujeres en Afganistán. En último término, es importante mencionar la rebelión de las mujeres frente a la represión moral en Irán y la brutalidad con que están reprimiendo a todo el que las apoya. Todo ello nos recuerda que vivimos en un mundo roto y polarizado y que la experiencia más habitual para muchos de nosotros es la incertidumbre y la perplejidad en un mundo que ha cambiado sus reglas.

Por otro lado, pienso en la crisis de la Iglesia católica nos está afectando a los que somos creyentes de manera profunda, en cuanto que nos supone una

profundización más consciente y precisa en nuestras raíces y fundamentos cristianos. Esta crisis es también un *kairós* que nos recuerda que lo que estamos viviendo no tiene precedentes en la propia historia de la Iglesia y nos abruma al ver el horizonte hacia el que intuimos que hay que caminar para que verdaderamente la Iglesia sea Sacramento de Salvación y una propuesta verdadera del Reino.

Estas dos miradas, hacia fuera y hacia dentro de la Iglesia, me llevan a afirmar en este tiempo:

Primero, que estamos haciendo historia, porque de lo que hagamos hoy, en estas primeras décadas del siglo XXI, dependerá el mundo en general y la Iglesia en particular del siglo que viene.

Segundo, que la conversión pastoral en la que estamos implicados nos obliga a tomar una actitud esperanzada y conciliadora en el mundo, y a intervenir en él para trazar alianzas y construir puentes.

Vamos a intentar desgranar estas dos cuestiones.

2. Tiempos de profecía: la profecía de la reconciliación y profecía de la paz.

Para comprender los cambios y complejidades de este tiempo es importante hacernos conscientes de un cambio de modelo cultural a partir de tres giros discursivos: los discursos socio-económico, filosófico-científico y estético-cultural¹. Los giros discursivos han desembocado en lo que llamamos la *Pluralidad*². Vivimos hoy en un paradigma cultural novedoso, esto es, el de la pluralización del sentido de la vida, diferente a todos los paradigmas históricos anteriores. Las consecuencias de estos giros son, por un lado, una estabilización de un sistema depredador que aumenta las diferencias entre pobres y ricos y genera otras nuevas fronteras económicas visibles como las vallas de Melilla o Tijuana e invisibles como las brechas digitales. Por otro lado, un protagonismo excepcional de la capacidad comunicativa de la persona y el poder performativo

¹ Cf. J.M. Duque, *El dios ocultado*, Sígueme, Salamanca 2017, 85.

² Cf. U. Beck, *¿Qué es la globalización?*, Paidós, Barcelona 1998.

de los lenguajes, que juegan con la verdad y la interpretación de la realidad a veces con intenciones interesadas. También el desarrollo de la tecnificación de la realidad a partir de la cientificación de la vida y el uso utilitario de las cosas, por lo que pone la técnica al servicio del sistema económico y no al servicio de la cultura y por tanto de bien común de los pueblos. Por último, la globalización de los imaginarios audio-visuales como modelo de comunicación, algunos de ellos al servicio del sistema económico y otros resistentes a éste, esto es, imaginarios contraculturales, que pugnan por hacerse un espacio en las redes de comunicación y en las formas culturales atomizadas por la *pluralidad*.

Estas transformaciones inciden directamente sobre la práctica eclesial, que está siendo afectada profundamente en sus bases epistemológicas y se encamina muy tímidamente hacia una conversión eclesial. Mi interés en este texto es revisar algunas de las bases epistemológicas que nos pueden ayudar a actualizar lo que Dios nos pide hoy.

a. El seguimiento de Jesús es profético.

Para actualizar esas bases epistemológicas debo volver entonces a los orígenes evangélicos, al propio Jesús.

Jesús se presenta ante un mundo desigual, clasista y excluyente. Todas estas características que configuraban su mundo quedaron trastocadas con su presencia. Jesús las volvió del revés. Su vida, su mensaje y su espiritualidad fueron, en este sentido, revolucionarios. Jesús no fue un reformador sino un revolucionario movido por su experiencia íntima con Dios. No propuso mejoras de las creencias y las prácticas religiosas de su tiempo, para mejorar la forma en que se creía. Jesús volvió el mundo, tanto judío como gentil, del revés: restableció la dignidad a los marginados, a las mujeres y los enfermos de forma integral. Aunque su revolución fue política y social además de religiosa, su punto de partida no era una conciencia política, sino un convencimiento de que Dios ama radicalmente, ilimitadamente e inagotablemente³. Su revolución no trataba de desplazar a los poderosos dando la vuelta al mundo simétricamente, sino de algo más radical que eso: hacer una mesa compartida (véase, por ejemplo, Mateo 22,1-

³ Es interesante comparar estos tres adverbios con los atributos de Dios que aprendimos en el catecismo: Dios omnipotente, omnisciente y omnipresente

14), hacer una profunda conversión espiritual que desencadenaba cambios en las personas y en sus relaciones con los demás llevándolos al encuentro común y al entretejido de alianzas y complicidades.

En este sentido, las palabras de Jesús organizadas programáticamente en el Sermón de la montaña, son palabras subversivas respecto de casi todo lo que sus contemporáneos daban por sentado. Por ejemplo: poner la otra mejilla en vez de vengarse, es decir, parar el círculo envenenado de la violencia; o amar a los enemigos en vez de odiarlos, es decir, dar un salto más allá de la ley del *ojo por ojo* y responder con gratuidad: hacer el bien a quienes nos odian, bendecir a quienes nos maldicen y perdonar los setenta veces siete, es decir, perdonar sino de una forma sincera y amorosa (Mt 5,38 43; Le 6,27 37; Mt 18,22).

Esta actitud es consecuencia de lo que Jesús está experimentando en su interior. Jesús experimenta en sí mismo el amor de Dios. Se siente amado y eso le conduce a expresar ese amor a los demás. Esto que a nosotros nos parece tan evidente, no es tan claro en el ambiente judío de Jesús. La tradición judía bebe de la experiencia de Salvación reflejada en el Antiguo testamento. Para el mundo judío Dios se mostraba como un poder y una fuerza (Señor de todas las cosas) que estaba presente en el ser humano. También se manifestaba como presencia y cercanía que interpela continuamente a la persona en su existencia (la llamada a la vocación). Por último también se comunica como conocimiento, que se concreta en la práctica del derecho y de la justicia, en especial con los marginados (éste es el Dios de los profetas).

Estas formas de vivir la experiencia de encuentro con Dios pueden reducir esta experiencia sólo al cumplimiento de la ley, que ayuda a mantener la conciencia tranquila frente a los acontecimientos y las incoherencias de la vida. Para Jesús no era suficiente y por ello aportó un elemento más que plenificaba este encuentro: la universalidad de amor de Dios. Dios es un Dios para todos, que ama y perdona y que se manifiesta en todo acto de amor y perdón: Dios entrañable, Dios Madre-Padre.

Su propia experiencia de intimidad con Dios le llevó a adoptar una actitud frente a la vida centrada en el amor y la comunicación de ese amor. No multiplicó las normas, sino que simplificó la forma de acercarnos a los otros y otras. En Él reconocemos la mediación del amor y el perdón de Dios a la humanidad. De esta

manera, Jesús retoma el camino de los profetas y plenifica lo que durante tanto tiempo éstos anunciaban, que Dios nos ama. Dios nos ama y nos ama sin límites. Amar significa acoger la vida del otro, hacernos cómplices de su vida, alegría y sufrimiento y acompañarle en el camino. Es mantenerse firme en la denuncia y en el acompañamiento del otro.

b. La profecía hoy se concreta en la construcción de la reconciliación y la paz

Hoy podemos hacer una lectura similar de nuestro tiempo, descubriendo en los cambios de este siglo (los tres giros discursivos antes mencionados) que Dios nos pide un profetismo activo. La situación sociocultural («el Reino de Dios») que Jesús pretendía y esperaba se parece más a una mesa compartida de hermanos y hermanas que a un mundo con fronteras que dividen las mesas en partes. Así es el mundo que tenemos ahora, un mundo que se caracteriza por la fragmentación de las relaciones a través de la supervivencia, la inseguridad y la frontera:

La experiencia de supervivencia es algo frecuente en muchas personas en muchas partes del mundo. Año tras año constatamos que hay empobrecidos y enriquecidos y que la brecha entre ellos cada vez es mayor. Esto quiere decir que nuestro sistema social y económico está en crisis permanentemente. Ciertamente lo está porque no sustenta al ser humano en sus necesidades básicas. Somos, por tanto, conscientes de que esta crisis debe generar una estructura mundial diferente, porque la que tenemos no funciona para millones de personas. Los cristianos y cristianas tenemos un protagonismo fundamental en esta transformación por los valores que se derivan del Evangelio: sale del corazón mismo del Evangelio enderezar a los que viven encorvados (Lc 13,10-14).

La experiencia de la inseguridad visibiliza las dinámicas de sospecha sobre los otros que inciden en la desarticulación de las acciones comunitarias basadas en el compartir y el encuentro con el otro. La fragmentación que provoca el pluralismo lleva a muchos a sentirse amenazados y buscar desesperadamente una identidad frente al otro⁴ De esta manera se generan prejuicios que descartan a personas, comunidades y grupos raciales, étnicos o religiosos por su propia

⁴ A. Kim, «Las religiones por la paz: el espíritu de Asís», en J.-Y. CALVEZ (ed.), *Entre la violencia y la Paz. La voz de las religiones*, PPC, Madrid, 2006, pp. 141-155.

condición de diferentes. La diversidad, constitutiva de nuestro nuevo mundo, tiene un lado oscuro. La desconfianza, la sospecha, la defensa frente al otro... La práctica de estas actitudes puede acabar en violencia, guerras preventivas, ocupaciones forzadas o abandonos sociales o políticos interesados.

Por último, nuestro mundo está lleno de fronteras que reorganizan una cartografía del mundo centrada en los muros: las fronteras del conocimiento, de la tecnología, del consumo, de la estética... Son a veces fronteras invisibles que colonizan espacios y discriminan a la población en función de sus oportunidades. Otras, son fronteras físicas (la de Ceuta y Melilla, la de México, la de Palestina, etc.) que separan a los que han podido acceder a la tecnología, al conocimiento, al consumo y a la estética de los que se agolpan al otro lado buscando la forma de colarse por una rendija.

Es el clamor de Dios cuando sufre las heridas de su creación el que nos invita a gritarlo también. Es la profecía y su valor escatológico la que sigue trastocando la realidad profunda de la existencia humana. En este tiempo la profecía se expresa en términos de *entrañabilidad* de la mediación amorosa. Así, al igual que los profetas, llevemos a la comunidad humana a espacio de lo básico, al encuentro y el reconocimiento, para reconstruir las relaciones de forma más justa:

*«Por eso yo voy a seducirla; la llevaré al desierto y hablaré a su corazón. Allí le daré sus viñas, el valle de Akor lo haré puerta de esperanza; y ella responderá allí como en los días de su juventud, como el día en que subía del país de Egipto.»
(Os 2,16-17).*

La actividad profética se puede desarrollar como anuncio activo y constructivo, pues es nuestro deseo (y el de Dios) soñar y recrear lo posible del «buen vivir». Esta actividad profética se puede concretar hoy podemos en la práctica de la mediación.

c. A vueltas con la mediación, crisol de reconciliación y paz

Y, ¿Por qué esto de la mediación? ¿qué ventaja tiene mediar en el mundo de hoy? ¿Quiere la gente mediadores en una sociedad polarizada?

La mediación es una estrategia que provoca movimientos de solidaridad en el diálogo hermenéutico, es decir, implicaciones afectivas entre las partes que dialogan en un espacio común. Con ello se personalizan las estructuras, se

humanizan las estrategias y se pone rostro a los procesos sociales, políticos y religiosos. La mediación es una acción consciente que pone en primera línea el carácter sagrado de la vida, como punto de partida del respeto a los demás y el compromiso amoroso con ellos (Fratelli Tutti 283). Para que haya mediación debe haber espacios comunes, no los nuestros, sino otros nuevos que podamos crear con los que pertenecen a otros mundos y círculos sociales. El espacio común es un espacio que al ser creado se muestra más amplio, más ancho, más dispuesto a un clima de sobreabundancia, pues tiende a cumplir la máxima de Gálatas 3,28, es decir, proclama que la diferencia nos constituye y nos apremia a un mejor vivir -más justo y amoroso-, para las demás y para uno mismo.

Entonces, la mediación permite la construcción de mesas comunes con distintos actores de la vida social reconociendo en ellos dos rasgos de la amistad: el vínculo y el reconocimiento. La comunicación, dice Levinas, esconde al menos dos experiencias fundamentales: la cuestión hermenéutica y la cuestión ética⁵. La cuestión hermenéutica nos recuerda que el punto de partida en el vínculo no soy yo sino el reconocimiento del otro en su condición de diferencia. La cuestión ética subraya el hecho de que, por encima de cualquier otra acción, el reconocimiento es siempre motivo primero. Es en la vulnerabilidad del *rostro* (el otro en su immediatez) donde la alteridad toma sentido y merece ese sentido, porque la alteridad desafía a mi propia capacidad de imponerme sobre el otro, desafía al poder de mi poder⁶. En ese instante de acoger ese rostro en el que se produce el reconocimiento y el vínculo. La mediación crea climas para que se produzca este encuentro. Estamos hablando, por tanto, de una mediación en la diferencia.

Mediar significa, aquí, situarse en el espacio intermedio de la comunicación, optar por una construcción de relaciones de amistad que implican y complican. Implican porque supone situarse en un espacio intermedio, complejo y desprotegido, donde los distintos actores sociales pueden entrar a participar desde una actitud dialogante o desde un interés combativo. Complica porque en este espacio desprotegido convergen sensibilidades, cosmovisiones y

⁵ Emmanuel Lévinas, *Entre nosotros: ensayos para pensar en otro*, Pre-textos, Valencia 2001, 267.

⁶ Cf. Emmanuel Lévinas, *Totalidad e infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, Sígueme, Salamanca 2022, 201-261, aquí p. 211.

comprensiones de la realidad tan diversas y enfrentadas que complejizan la comprensión y el diálogo exponencialmente.

En la línea de la reflexión de *Fratelli Tutti*, la apuesta por una mediación en la diferencia suscita la construcción de vínculos de amistad que no dependan de la igualdad ideológica, social o espiritual de las personas, sino de la capacidad de comprender la diferencia del otro como una oportunidad y un privilegio. La mediación no tiene como objetivo convencer al otro, para que cambie sus posturas, sino que se preocupa de hacer crecer vínculos de amor que permitan el reconocimiento de la diferencia como un valorpreciado.

Hoy el profetismo de la mediación consiste en encontrarnos en el descampado, en el desierto (como Oseas), y aprender a aceptar que la diferencia es un hecho constitutivo de la creación de Dios. Al reconocernos en esa diferencia favorecemos un encuentro agápico que permite a las personas no solo florecer en el desierto, sino también en sus lugares de procedencia.

3. Encaminar la mediación hacia la reconciliación y la paz

La pregunta que surge en este momento puede ser ¿Cómo encaminarnos entonces hacia la mediación? Vamos a intentar responder a esto.

d. Mediar a través de una geopolítica de la extraversión

La mediación en la diferencia plantea un paradigma alternativo a la lógica del neoliberalismo en el que estamos atrapados. En vez de plantear una geopolítica de fronteras, lo que hace es adoptar una geopolítica de la extraversión, es decir, una actitud proactiva y expansiva que se centra en el encuentro. Salir al encuentro, al modo de la parábola del Padre bueno (Lc 15,11-32) significa tomar la iniciativa en la relación. Tomar la iniciativa, supone ofrecer primero la mano. Cuando el Padre Bueno descubre al hijo pródigo, sale corriendo a su encuentro y le abraza antes incluso de que pueda exponer su muy meditado discurso. Frente a la reserva, al riesgo calculado, los prejuicios, la mediación practica la iniciativa desinteresada.

Salir al encuentro del otro es aceptar al otro como una epifanía (acoger su rostro), una revelación inevitable y al mismo tiempo inaprensible. Su acogida supone siempre una perturbación que rompe el mundo que antes se conocía y en el que se estaba seguro. Pero a la vez la acogida es oportunidad de respuesta ya que el otro se presenta vulnerable, desnudo. Su epifanía pone a mi yo frente al otro, rostro contra rostro, como humanidades vulnerables que requieren, ambas, respuesta y justicia⁷.

Salir al encuentro nos permite amar desde la desnudez, aceptarnos a nosotros mismos tal como somos y aceptar a todos los demás como un otro diferente. Esto engloba a los amigos, pero también a los enemigos. El proceso es gradual y lento, pero su ejercicio nos desvela que tomar la iniciativa aparta obstáculos al amor, y desvela también que somos lo bastante libres para amar a todo el universo, en una armonía cósmica. Muchos de nosotros tenemos miedo a «ponernos en camino» (en el significado bíblico de la expresión, Lc 1,39). Nos es difícil afrontar la responsabilidad de tener que decidir por nosotros mismos. Unas veces porque toda la vida han decidido por nosotros: cómo pensar, cómo actuar, cómo decidir. Otras veces porque da miedo cometer errores y soportar la culpa de sabernos limitados. Otras veces por la vulnerabilidad que supone la respuesta imprevisible del otro ante el que se ha atrevido a dar un paso. Pero estas actitudes no son la de Jesús.

Para Jesús, salir al encuentro, es avanzar hacia territorios desprotegidos, donde solo el descentramiento y la donación son capaces de crear esos vínculos de amor que permiten una geopolítica de la realidad en clave entrañable. Es decir, mirar los lugares de encuentro como espacios posibles de reconocimiento, y ejercer en ellos cierta hospitalidad de campaña.

⁷ Dirá Levinas: “Reconocer a los otros, es dar [...], llegar hasta ellos a través del mundo de las cosas poseídas, instaurando simultáneamente comunidad y universalidad, por medio del don”. Cf. Emmanuel Lévinas, *Totalidad e infinito. Un ensayo sobre la exterioridad*, Sígueme, Salamanca 2002, 98-99.

e. La misericordia como acto político

En este sentido, la misericordia, como hospital de campaña, se constituye como acto político que se realiza con una intención de servir a los demás y de promover la justicia y la igualdad en la sociedad.

La misericordia como acto político puede derivar en algunas acciones positivas, entre ellas tres que son de vital importancia: la donación, la reconciliación y la justicia. Las tres están unidas íntimamente. Me explico.

La donación es la forma en que ama Dios y que al amarnos a nosotros hace que nosotros amemos de la misma manera. Al salir de nosotros mismos en el encuentro con el otro imitamos a Cristo en el gesto de mayor radicalidad, esto es abandonarnos en el otro. Esto supone que con nuestra actitud misericordiosa manifestamos la gracia de Dios para con nosotros y para con los demás y con ello se restaura la comunión original con Dios y con los demás. La reconciliación abre una vía nueva de equidad, con relaciones de solidaridad y «acuerpamiento» (sostenimiento y apoyo) donde se nutre la vida de los otros, para una nueva forma de habitar el mundo.

En este sentido la actividad misericordiosa en entornos sociales fuera de la comunidad cristiana favorece también unas relaciones más saludables, que caminan hacia el entendimiento social. La persistencia en el camino de la mediación social es un don que el Espíritu nos regala y al que estar atentos siempre. Permanecer en lo fugaz del hoy es signo profético de los tiempos.

f. Los procesos de mediación y reconciliación como estrategias del Reino

La propuesta de la mediación en la diferencia que hoy os ofrezco es, entonces, la invitación a que nosotros y nosotras, como cristianos y cristianas, nos situemos en estos espacios de tránsito sociales⁸, en los no-lugares⁹, en los lugares intermedios, etc., y no de forma pasiva, no de forma anecdótica o circunstancial, sino la invitación a situarnos en ese espacio como instrumentos de mediación entre la diversidad de las gentes y las culturas. No sólo es necesario estar, sino

⁸ Carlos M^a Galli, *Dios vive en la ciudad. Hacia una nueva pastoral urbana a la luz de Aparecida y del proyecto misionero de Francisco*, Agora, Buenos Aires, 2014, p. 166.

⁹ Cfr. Marc Augé, *Los no-lugares*, Gedisa, Barcelona, 1993.

actuar para trazar relaciones de crecimiento mutuo. La mediación es un ejercicio hermeneútico de escucha múltiple de todas las posibilidades, de todas las situaciones. La mediación obliga a una mirada mucho más amplia de la que tenemos para localizar aquellas relaciones que, desde la diferencia construyen humanidad. Y esto sólo es posible si estamos dispuestos a exponernos a la desnudez de los espacios intermedios, a su desierto.

La mediación no es lo mismo que facilitación. El facilitador no se involucra, procura un equilibrio en el compartir, pero no entra en valoraciones, sino que deja el protagonismo a las partes. Se mantiene al margen, no se deja tocar. El o la mediadora se involucra con el corazón y la voluntad, no para enjuiciar a los demás, tampoco para guiar desde una posición de superioridad o paternalista, sino desde la humildad de saberse mediador del amor desbordante de Dios. La humildad del mediador crea un clima de cercanía que aumenta el deseo de encontrarse y favorece el posible inicio del trabajo colectivo con perspectiva de futuro, con semilla que germina, porque se constituye como espacio común. La acción mediadora está siempre atenta a las sensibilidades de rechazo o incompreensión en los lugares intermedios. El rechazo de la diferencia del otro siempre está presente. En la pluralidad de los espacios intermedios, la tentación de construir muros físicos y muros existenciales es muy grande. Es grande también la tentación de suscitar la desconfianza a través de las palabras y las acciones. Los discursos y los gestos se disfrazan para la defensa de algunos valores que pretenden imponerse. Si dejamos que estas tentaciones ocupen todo el espacio, se rompen de nuevo los canales de comunicación. Y al alejarnos de nuevo, aumenta el desconocimiento y el miedo al otro. Cuando sucede esto, el espacio intermedio deja de ser espacio común y vuelve a ser un campo de batalla donde el enfrentamiento y el rechazo alimentan nuestros odios.

Debemos decidir si nos constituimos, hoy, en cultura de la conflictividad o en cultura del encuentro. Aquellos que optan por ser agentes de reconciliación y gestadores de culturas de encuentro (Evangelií Gaudium 233) apuestan por salir de sí mismos y de sus lugares seguros hacia los espacios intermedio y convertir éstos en espacio común¹⁰. Optar por la mediación para la cultura del encuentro

¹⁰ En realidad, mediar es poner en práctica el signo de Jesús, esto es, sus comidas con cualquier persona que estuviera dispuesta a sentarse con él. Una comida puede empezar en un pozo (Jn 4)

es apostar por cavar en la tierra del espacio intermedio y plantar semillas de amistad, algunas que no veremos florecer, otras que se marchitarán. Mediar es abonar y regar en ambientes hostiles, «pese a todo». Mediar en el espacio intermedio es apostar para que el encuentro venza al rechazo a corto, medio y largo plazo para ir viendo crecer poco a poco un espacio común. Generar conscientemente un espacio común es apostar por tiempos de diálogo donde se elaboran pensamientos y experiencias que se entrelazan en una narrativa común recíproca de saberes, valores, creencias y amores.

La construcción del espacio común tiene como objetivo socavar los muros desde las relaciones cercanas y amistosas, desde la pregunta y no desde el enfrentamiento, desde el abrazo y no desde la distancia. Y al preguntar el porqué de la diferencia, se acepta hablar de las heridas, se verbalizan los dolores y se comparten los miedos. Cuando los miedos se comparten, se produce la hermosa experiencia del reconocimiento. Y después viene el vínculo. El reconocimiento es una narrativa común donde se rescata la bondad de la persona, «a pesar de todo». El vínculo crea historias comunes. Una historia común en un espacio común que desea tener futuro. En ella el miedo ha dejado paso a la confianza y el rechazo a la comunicación. Y así, nutriendo, se amplían e intersectan los espacios comunes, poniendo en relación y colaboración a las personas que los transitan y ahora, gracias a la mediación, los habitan.

Por último, en la mediación hay otro elemento, pero no por ello menos importante, al contrario, más central: la gratuidad como experiencia básica. En un mundo donde todo se puede comparar y vender, la propuesta cristiana aporta a los espacios comunes experiencias de gratuidad básica, sin resultados, sin intereses, sin éxito o expectativas (Fratelli Tutti 139). La gratuidad parte de la misma entraña de Dios que nos atraviesa y se dirige al otro sin ninguna pretensión. Se trata de una gratuidad apenas perceptible, discreta, silenciosa (Mt 6,3-4), que abona la tierra del espacio común con aquello que hemos recibido gratis de Dios (Mt 10,8). La gratuidad es lo único que sigue sobrecogiendo al ser humano, aunque todo esté perdido, aunque la batalla ya esté trazada. La gratuidad es la única que hoy sigue provocando el *asombro* que nos saca de

o en un árbol (Lc 19,1-10), en un lugar de tránsito que hoy llamaríamos un *no-lugar* o *lugar intermedio*, y puede terminar compartiendo el pan con muchos otros y otras.

nuestras «verdades» y seguridades, y nos obliga a preguntarle al otro por qué nos concede el don de su amor. La gratuidad es la única que transforma la experiencia en deseo y el deseo en acción. Por eso aportar experiencias básicas de gratuidad es el principal testimonio cristiano del hoy para un futuro de amistad y colaboración social.

4. Algunas actitudes y acciones propias de la mediación justa para la meditación pausada.

Una vez explicado el proceso de la mediación, —esto es, la salida al encuentro y el trabajo de sembrar en los espacios intermedios para que se conviertan en lugares comunes—, podemos reflexionar sobre algunas actitudes y algunas acciones que facilitan este trabajo.

Actitudes:

- a. **Austeridad y decrecimiento**
- b. Diálogo y conocimiento colectivo
- c. Disponibilidad y gratuidad
- d. Política activa y creativa

Acciones:

- e. Acogida en la necesidad
- f. Diálogo en las diferencias
- g. Lucha contra la pobreza
- h. Lucha contra la violencia con estrategias de colaboración

5. Conclusión: la Reconciliación y la paz exigen una creatividad emergente

No somos individuos aislados. Somos parte de un todo mayor, y es el todo el que determina la existencia de las partes. Una parte existe para el desarrollo del todo, porque la identidad de la parte consiste precisamente en ser una parte del todo. En la era de la máxima conectividad se da también la máxima fragmentación. En un mundo dividido por fronteras y roto por la violencia es posible optar por espacios comunes donde la mediación cristiana se convierta en germen de vida plural, diversa, para todos. Lo que Dios quiere de nosotros se orienta hoy hacia los espacios intermedios, donde la exposición y la vulnerabilidad es mayor y nadie quiere mediar. Lo que Dios quiere de nosotros está ligado a la creación de espacios comunes que favorecen el reconocimiento y la solidaridad efectiva.

Lo expuesto en este texto es una forma de concreción del espíritu de inclusión del cristianismo. Es también manifestación de la conversión de la Iglesia, que es capaz de salir al encuentro y exponerse en el desierto de los espacios intermedios y crear en ellos un bonito jardín común. Frente a las relaciones que se centran en la supervivencia, la experiencia de inseguridad y la creación de fronteras, los espacios intermedios son el futuro evangélico y justo de este mundo. Al fin y al cabo, el dueño del jardín es Dios y solo a través de su amor nos constituimos en mediadores y sanadores de este mundo roto en espacios comunes.

Silvia Martínez Cano es Doctora en Educación por la Universidad Complutense de Madrid, Licenciada en Teología Fundamental por la Universidad de Deusto y Máster en Artes Visuales y Educación por la Universidad de Barcelona. Es artista plástica desde clave feminista y religiosa, www.silviamartinezcano.es. Es profesora de Teoría de la Educación y Estética y Pedagogía Social en la Universidad Complutense de Madrid, y profesora de distintas materias de teología Pastoral y Fundamental en el Instituto Superior de Pastoral y en el Instituto San Pío X, ambos pertenecientes a la Universidad Pontificia de Salamanca. Sus áreas de investigación son interdisciplinares, abarcando Teología trinitaria, Antropología teológica y Eclesiología, Estudios visuales y culturales, Educación y estudios de género.

Sus publicaciones más recientes relacionadas con este tema son:

Martínez Cano, S. (2022) “La mediación artística en entornos universitarios: lo corporal, lo emocional y lo performático”, *Arteterapia. Papeles de arteterapia y educación artística para la inclusión social* 17, 37-48. <https://doi.org/10.5209/arte.77905>

Martínez Cano, S. (2021) “La amistad en la diferencia. La mediación en el diálogo social”, en Luciani, R. y Portillo D. (eds.), *Fraternidad 2.0. Reflexión en torno a la amistad social en un mundo fragmentado*, Madrid: Khaf 2021, pp. 21-42.

Martínez Cano, S. (2020) “Claves teológicas para la construcción de un imaginario a favor del reconocimiento del otro”, *Journal of the European Society of Women in Theological Research* 28, 65-84;

Martínez Cano, S. (2019) “Revoluciones para vivir una espiritualidad desde la ecojusticia”, en Antonina Wozna (ed.) *Pisar tierra Sagrada. Ecología y justicia*. Estella: Verbo Divino, 143-171.